

Un extraño en la noche

Maria Valeria Lickei



Capítulo 1

Un extraño en la noche

Camino por una calle oscura, en cada esquina hay un farol y eso no me da seguridad, prefiero la oscuridad.

Soy un hombre que viene riendo solo, hace frío y me froto las manos para hacerlas entrar en calor.

Estoy un poco alcoholizado y en mi mente, en ese preciso momento, soy un ganador.

Le hice algo a alguien, no recuerdo qué, pero sé que es algo reprochable; sin embargo, disfruté hacerlo y también disfruto pensando en ello.

Escucho pasos tras de mí, no le doy importancia. Me cruzo con algunas personas que, al igual que yo, andan con unos cuantos tragos de más.

Me cruzo también a prostitutas, conozco a varias de ellas. Algunas me saludan, otras están trabajando a algún jornalero que las busca para gastar su pago.

Más allá veo a un guardia, algo así como un policía, doblo en una esquina para alejarme de él. Los evito porque son corruptos y aprovechan las noches para asaltar a los borrachos como yo.

No es en el presente, nuestras vestimentas son antiguas, modestas.

En algún momento pertenezco a una familia de abolengo, pero ya no. Me siento frustrado por mi caída social y por rodearme de la "chusma", pero al mismo tiempo hay algo agradable en el hecho de haberlo tenido todo, haberlo perdido todo y ahora disfrutar de la más absoluta degradación sin que me importe la opinión de los demás...

Ya no queda nadie que pueda opinar.

Hay algo atractivo en saber que ya no puedes caer más bajo.

Ese sueño no transcurre en mi país, no hablan mi lenguaje.

Veo unos carteles que anuncian un vodevil, las letras son del alfabeto cirílico. Estando despierta, no podría leerlas, pero en el sueño entiendo lo que dice.

Los pasos tras de mí son más sonoros, más cercanos, más rápidos.

No alcanzo a darme la vuelta cuando siento algo que choca contra mi cabeza y me arroja al suelo.

Siento el peso de un hombre enorme sobre mí, no me deja respirar, intento hinchar mi diafragma para aspirar un poco de aire, pero su peso me lo impide, siento su rodilla en mi espalda.

Me dice algo al oído, estoy tan aturdido y asfixiado que poco puedo entender. Igual no hacen falta las palabras, sé que voy a morir, algo en mi interior me lo grita.

Ese hombre va a matarme y no hay nada que pueda hacer al respecto. Hay paz en saber que todo acabará.

El hombre retira su rodilla y logro respirar por última vez.

Una serie de puñaladas entran en mi espalda, en mis pulmones, en mis costillas. Una y otra, y otra vez. Las primeras me duelen pero no las otras.

Escucho mis huesos astillarse y mi boca llena de una sustancia viscosa, espesa y cálida. Su sabor es de herrumbre, metálico.

No intento luchar contra nada de lo que me pasa. Tampoco podría.

Me despierto y me aseguro de estar respirando.

Cada bocanada de aire es un regalo del cielo.

Soy mujer, estoy en mi tiempo, en mi país y pese a todas las miserias en el mundo... respiro y estoy viva.

Tuve ese sueño en primer grado, en segundo año del secundario, cuando terminaba el terciario y hace unos diez años.

Ningún detalle cambia. Solo mi conocimiento, desde la experiencia que he ganado entre sueño y sueño.

Hoy pienso que es un recuerdo de otra vida, de ser así, ese hombre que fui no se parece a la mujer que soy, salvo por el detalle de que ambos tenemos cierta atracción a lo oscuro, a lo desconocido, a las sombras.

Él vivía en la oscuridad y creo que, en cierto modo, me beneficio de su experiencia en mis obras.

Espero no volver a verlo.

M. V. Lickei